

# Parroquia en Marcha

Septiembre 2000

Número 134

## La Virgen María de la Merced

### SUMARIO

1. Portada
2. Editorial
3. Carta del Obispo
4. Caritas
5. Liturgia
6. Año de la Sma. Trinidad
7. Respuestas para tener fe.
8. Sois mis testigos.
9. La verdad y las cigüeñas.
10. Sobre María
11. En septiembre
12. Cuéntame...
13. Para meditar la Palabra...
14. Colaboración
15. Ante el nuevo curso
- 16 y 17. Noticias
18. Refranes y ...
19. Crónica Parroquial.
20. Contra Portada

La advocación de Nuestra Señora de la Merced nació con la orden religiosa del mismo nombre, fundada en Barcelona en el año 1218 para la redención de los cautivos cristianos. Este título mariano contiene, por tanto, una clara connotación liberadora.

En la celebración de la Virgen de la Merced tenemos en cuenta en primer lugar a Cristo, Redentor de los hombres, con cuyo sacrificio nos mereció la verdadera libertad de hijos... Luego conmemoramos a la Virgen María que, por ser la esclava del Señor y estar entregada a la obra del Hijo, con razón es llamada dispensadora de los tesoros de la Redención.

Cristo nos libera del pecado, también del pecado estructural, de las opresiones físicas y morales que abaten sobre los más desfavorecidos de la sociedad. Y con Cristo, María reivindica también el

derecho de los pobres a su dignidad humana.

María pisa tierra; está con los descamisados, con los últimos, con los que muestran sus manos cargadas de cadenas. Y está con ellos, más que para consolarles en su desgracia, para comunicarles el programa que Dios ha concebido con objeto de remediarla. El Evangelio tiene también un poder de transformación social. El canto de María admite también una lectura desde el empeño de liberar y liberarse de toda nueva forma de cautividad.

De hecho, el Magnificat es un grito colectivo en el que va ensartada la esperanza de mucha gente que confía en Dios, elevando hacia El un clamor de justicia. Este canto brota de la tierra invalida, de un pueblo desportado, de una gente que ha probado el llano hasta agotarlo. María viene de esa tradición; pertenece a ese colectivo sufrido de personas dotadas de un gran sentido común, que detectan la injusticia y con-

fía en que las cosas se muden.

El reino de Dios, reino de paz y de justicia, se ha proclamado también para este mundo. La fe en Jesús no se reduce solamente a la salvación del alma, pues implica toda una tarea de liberación integral: Es el mismo Dios quien en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para que, hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a quien los tiene sujetos el pecado: la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión; en una palabra, la injusticia y el odio que tienen su origen en el egoísmo humano.

